

NOGUERA, CARLOS. (2003). LA FLOR ESCRITA. CARACAS: MONTE ÁVILA EDITORES LATINOAMERICANA

Reseñado por Beatriz Alicia García
Universidad Central de Venezuela
bealgarna@yahoo.com

El protagonista de la novela contemporánea es, por lo general, un antihéroe. No tiene certezas, ni está seguro de saber de dónde viene o hacia dónde va. El Stephen Dedalus del *Ulises* de Joyce es, en ese sentido, paradigmático. Se mueve dentro del esquema clásico de unidad de lugar y tiempo, pero en sus 24 horas por la ciudad de Dublín, rompe con todos los esquemas de lo novelesco, y nos entrega un espejo del ser fracturado, lleno de dudas y de fantasmas como el hombre contemporáneo. En el *Ulises* no importa tanto la acción, los acontecimientos, como la visión de mundo que plantea, las ideas, las emociones, los sentimientos. Por eso la llamamos novela psicológica, por ese libre transcurrir de la mente, que se incuba en el monólogo interior, en paralelo a los estudios de la psique humana que proponen las teorías psicoanalíticas de Sigmund Freud en la época.

Aunado al escepticismo del antihéroe, por añadidura, encontramos en la novela contemporánea un recurso estilístico, una forma de contar lo que ocurre, de forma oblicua, que es la ironía. Pero la ironía de la novela contemporánea no se limita a expresar lo contrario de lo que quiere decir, o a soltar una cierta dosis de amargura o veneno; plantea al lector un juego de inteligencia, lo tienta, lo entrapa, le da pistas falsas, lo sorprende. No es lineal ni predecible, semeja un laberinto.

Luego del célebre *boom* de la novela latinoamericana, telúrica, metafísica, real maravillosa, en los años setenta surgió una novela que se afincaba mucho más en la vida urbana contemporánea y en el cuento ameno. El escritor del *boom* había sido más experimental y esteta. En cambio un Caicedo en su *¡Qué viva la música!* (1990) o un Manuel Puig, en sus irónicos y ciudadanos universos, plantean un mundo ficcional más cercano a la cotidianidad, a la calle, a los medios masivos. *El beso de la mujer araña* (1976) de Puig terminó en la gran pantalla. Puig mismo fue guionista de cine.

En Venezuela, *Los pequeños seres* de Salvador Garmendia podría insertarse dentro de esta corriente latinoamericana del *postboom*, aunque su publicación se remonta a 1959. *Abrapalabra* (1981) de Luis Britto García lleva casi al paroxismo el relato urbano, callejero, poblado de antihéroes.

Todo este recorrido quiere situar en el panorama contemporáneo latinoamericano una novela de reciente aparición, *La flor escrita* (2003) del escritor venezolano Carlos Noguera. Desde su texto narrativo inicial *Historias de la calle Lincoln* (1971), Noguera apostó por el contexto marcadamente urbano y el personaje antiheroico; y asimismo por la novela que refleja, a la par que nos presenta sus personajes, una sociedad y un momento histórico determinados.

La flor escrita forma parte de un díptico con su anterior novela *Juegos bajo la luna* (1995), celebrada y llevada al cine en los años noventa, y finalista en el Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos. Algunos de los personajes de *Juegos bajo la luna* reaparecen en *La flor escrita*. Pero aquellos adolescentes de torturados destinos y encuentros fraternales en la época de la caída de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, ya en *La Flor escrita* adultos y padres de familias, se encuentran unidos por una trama de suspenso, que sigue el esquema de la novela negra. En ello se emparenta con el desencantado universo de *Triste, solitario y final* (1980) de Osvaldo Soriano, que tanto le debía a Dashiell Hammett; pero también a aquellas películas del cine negro estadounidense de los años cuarenta. El personaje Diego de *La flor escrita* nos recuerda al Bogart de *El halcón maltés*. Melancólico personaje en un mundo corrompido en el cual nunca paga el crimen.

Encontramos en *La flor escrita* algunos elementos que estaban presentes en *Juegos bajo la luna*, y que más allá de los personajes contribuyen a hacerlas un díptico. Una de estas características comunes está en el plano compositivo. En ambas no hay un relato lineal, tienen un esquema similar al *flash back* cinematográfico. Se entrelazan varios tiempos, que van y vuelven. Dentro de un capítulo determinado la memoria puede llevar al personaje a recordar un acontecimiento pasado que explica la motivación de ese personaje, o el acontecimiento que da origen a una situación determinada. Incluso algunos de estos *flash back* remiten en *La flor escrita* a un acontecimiento que se narró en *Juegos bajo la luna*.

El narrador de ambas novelas nos entrega una mirada crítica de la

realidad, que se ahonda en *La flor escrita*. Sin dejar de resaltar algunos valores positivos de la sociedad, a través de sus personajes, como son la fraternidad entre la cofradía y sus allegados, Noguera pone en cuestionamiento lo políticamente correcto dentro de la sociedad en que vivimos. Nos entrega una honda reflexión sobre el país y la sociedad que tenemos, y sobre la sociedad contemporánea en general. Evidentemente, la corrupción, un tema que atraviesa las páginas de *La flor escrita*, no es un problema exclusivo de Caracas ni de Venezuela. De hecho el tema de la corrupción política y social mueve la trama policial, de suspenso en el texto.

Los lazos afectivos son precisamente otro de los grandes nudos que imbrican una novela con la otra. Tanto la amistad entre los cofrades, como las relaciones de pareja, ya luego familiares en *La flor escrita*, son una constante que atraviesa a ambas, proporcionándoles una fuerte carga emotiva. El erotismo también tiene un peso importante en el díptico. Sorprende quizá que buena parte de estas escenas eróticas, que incluso en *La flor escrita* se convierten en tríos, sean narradas por voces femeninas, viniendo de un escritor hombre. Hay un agudo desenmascaramiento de la psiquis femenina. Aun cuando en ambas hay imágenes de una terrible crudeza visual y emotiva. Diría que la decepción es el sentimiento que cobra mayor fuerza en *La flor escrita*. Ya no el amor, o la fraternidad, que estaban más presentes en *Juegos bajo la luna*.

Desde el punto de vista compositivo quisiéramos resaltar el excelente manejo del suspenso que exhibe *La flor escrita*. El novelista no deja de sorprendernos a lo largo de la trama, la solución al conflicto central, que se va postergando hasta el final, algunas inesperadas subtramas o acontecimientos parecen sorprender a los personajes mismos.

Por otra parte, quisiéramos hacer referencia al lenguaje como creador de atmósferas, y como representación de una sociedad. A través de su lenguaje, muy cercano a lo coloquial, al habla cotidiana de Caracas, Noguera nos entrega treinta años de transformación de la ciudad a través de sus personajes. Treinta años de la historia menuda, del día a día, fusionados con la historia social, económica y política de Venezuela. El autor nos ofrece una mirada escéptica, crítica de esa realidad. Una mirada reflexiva que agradecemos, a través de personajes que verdaderamente nos enamoran. Sin abandonar el cuidado estético y literario de su novela, Carlos Noguera se enlaza

con la mejor literatura latinoamericana del *postboom* que hace del narrar ameno un arte, y una forma de reflexión.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Britto García, L. (1981). *Abrapalabra*. La Habana: Casa de las Américas.
- Caicedo, A. (1990). *¡Qué viva la música!* Bogotá: Plaza & Janés.
- Garmendia, S. (1959). *Los pequeños seres*. Caracas: Sardio.
- James, J. (2004). *Ulises*. Barcelona, España: Lumen.
- Puig, M. (1976). *El beso de la mujer araña*. Barcelona, España: Seix Barral.
- Soriano, O. (1980). *Triste, solitario y final*. La Habana: Casa de las Américas.

